

Un No sin destino

El divorcio entre el país real y el país político se hace cada día mayor y más evidente. Y este divorcio que se aplica tanto al discurso oficial como al opositor, resulta particularmente negativo para la oposición, ya que es la que más necesita precisar su imagen ante el país y demostrar que representa una alternativa creíble de gobierno.

El esfuerzo que algunos sectores de la oposición (como la fracción Aylwin de la DC) iniciaron para avanzar en esa dirección, se ha ido empantanando y está a punto de ser abandonado. El NO con programa, pacto político y candidato sería reemplazado por un NO sin programa, sin pacto y sin candidato -auspiciado por un nuevo referente "instrumental" para la recuperación de la democracia (?), destinado a cobijar bajo un solo e inmenso paraguas los más disímiles proyectos, incluso los de grupos revolucionarios y violentistas.

El inminente fracaso del proyecto Aylwin -por ponerle un nombre- lleva primero que nada a constatar con tristeza que 14 años no han sido suficientes para cicatrizar las profundas heridas que afectan al cuerpo social y la psiquis colectiva del país. Los abusos mutuamente infligidos, los despojos, los asesinatos y el exilio han dejado una secuela traumática de odios, sospechas y temores que impiden a los dirigentes políticos y sociales asumir los desafíos del presente con la objetividad y racionalidad que las circunstancias requieren.

A medida que transcurre el tiempo y nos acercamos a momentos decisivos como el plebiscito de 1988, los grupos políticos, en vez de avanzar, parecen gravitar irresistiblemente hacia las mismas y confortables ilusiones y mitos ideológicos del pasado.

La esperada "renovación del pensamiento socialista", su evolución del marxismo-leninismo clasista hacia la social democracia integradora y selectivamente dirigista de Europa Occidental; la "autocrítica prolongada" realizada en los múltiples centros de estudios de la D.C. con la participación



Por Efraín Friedmann

de una pléyade de nuevos valores de alto relieve intelectual y moral, no logran remover las viejas y confusas neblinas de un partido con síntomas de vejez prematura, sin mística, sin confianza, sin claridad -buscando muletas a la izquierda y a la derecha- como si se sintiera carente de vigor y liderazgo propio.

No hay forma en que el "NO instrumental" pueda aparecer atractivo a la mayoría del país. Si triunfa, abriría las puertas a una confrontación electoral

competitiva que no mostraría avance alguno -más bien retrocesos- respecto de lo vivido en Chile desde mediados de los 60 hasta la fecha. Y si fracasa, el país seguirá viviendo en estado interdicto de democracia protegida, luego de haber sido la democracia más ejemplar y avanzada de América.

Lo triste de todo esto es que no existan suficientes políticos chilenos a la derecha de la D.C. que se hayan convencido, según la frase de Churchill, de que "de todos los sistemas políticos, el menos malo -y el más seguro para todos a la larga- es el democrático". Y que, por otro lado, que algo análogo suceda en la izquierda, incluyendo a la D.C., respecto a los sistemas económicos, y ésta siga sin poder aceptar, como lo expresara Felipe González, que "el sistema de libre mercado puede ser corrupto, perverso e inmoral, excepto que cualquier otro sistema es peor".

El NO instrumental significa que los 14 años de régimen militar han sido insuficientes para preparar, si no a Chile, al menos a sus cúpulas políticas, para la democracia como se entiende en el mundo desarrollado occidental: libre y eficaz. Más bien la situación permanece como la describiera Dostoyevsky en las palabras del Gran Inquisidor cuando vivía la angustia y frustración de la autocracia zarista: "Los alumnos de preparatoria se amotinaron y han expulsado al profesor, pero su euforia no durará mucho y les costará caro. Destruirán los templos o inundarán de sangre la tierra, pero al final, necios, comprenderán que no son sino entes débiles, incapaces de manejar su propia rebelión".